

do; y tan agigantada su duración, que el mundo la llama eterna. Criada por el consejo divino para preparar las vías á Aquel que había de venir, su encargo providencial fué asimilarse todas las teologías, y dominar á todas las gentes. Obedeciendo á un llamamiento misterioso, todos los dioses suben al Capitolio romano: y pasmadas las gentes con un súbito terror, derriban al suelo su cerviz todos los pueblos y todas las naciones. Todas las ciudades, unas después de otras, se ven desamparadas de sus dioses; los dioses, unos después de otros, se ven despojados de todos sus templos y de todas sus ciudades. Su gigantesco imperio tiene por suya la legitimidad oriental, esto es, la muchedumbre, y la fuerza, y la legitimidad del Occidente, esto es, la inteligencia y la disciplina. Por eso todo lo avasalla y nada le resiste; todo lo tritura y nadie se queja. De la misma manera que su teología tiene al mismo tiempo algo de diferente y algo de común con todas las teologías, Roma tiene algo que le es propio, y mucho que le es común con todas las ciudades vencidas por sus armas, ó deslustradas por su gloria: tiene de Esparta la severidad, de Atenas la cultura, de Menfis la pompa, y la grandeza de Babilonia y de Nínive. Para decirlo todo de una vez, el Oriente es la tesis, el Occidente su antítesis, Roma la síntesis; y el romano Imperio no significa otra cosa sino que la tesis oriental y la antítesis occidental han ido á perderse y á confundirse en la síntesis romana. Descompóngase ahora en sus elementos constitutivos esa poderosa síntesis, y se observará que no es síntesis en el orden político y social, sino porque lo es también en el orden religioso. En los pueblos orientales como en las Repúblicas griegas, y en el Imperio romano como en las repúblicas griegas y en los pueblos orientales, los sistemas teológicos sirven para explicar los sistemas políticos: la Teología es la luz de la historia.

La grandeza romana no podía bajar del Capitolio sino por los mismos medios que la habían servido para subir á su cumbre. Nadie podía asentar su planta en Roma sino con el permiso de sus dioses; nadie podía escalar el Capitolio sino de-

rocando antes á *Júpiter Optimo Máximo*. Los antiguos, que tenían una noticia confusa de la fuerza vital que reside en el sistema religioso, creían que ninguna ciudad podía ser vencida si antes no era abandonada por los dioses nacionales. Seguía de aquí, en todas las guerras de ciudad á ciudad, de pueblo á pueblo y de raza á raza, una contienda espiritual y religiosa, que seguía los mismos pasos que la material y política. Los sitiados, al mismo tiempo que resistían con el hierro, volvían los ojos á sus dioses para que no los dejaran en mísero abandono. Los sitiadores á su vez los conjuraban al abandono de la ciudad con misteriosas imprecaciones. ¡Desventurada la ciudad en donde resonaba tremenda aquella voz que decía:—Vuestros dioses se van, vuestros dioses os abandonan!—El pueblo de Israel no podía ser vencido cuando Moisés levantaba las manos al Señor, y no podía vencer cuando las derribaba hacia el suelo: Moisés es la figura del género humano, proclamando en todas edades, con diferentes fórmulas y de diferente manera la omnipotencia de Dios y la dependencia del hombre, el poderío de la Religión y la virtud de las plegarias.

Roma sucumbió, porque sus dioses sucumbieron; su imperio acabó, porque acabó su Teología. De esta manera, la historia viene á poner como de relieve el gran principio que está en lo más hondo del abismo de la conciencia humana.

Roma había dado al mundo sus Césares y sus dioses. Júpiter y César Augusto se habían dividido entre sí el grande Imperio de las cosas humanas y divinas. El sol, que había visto levantarse y caer agigantados Imperios, no había visto ninguno, desde el día de su creación, de tan augusta majestad y de tan extraña grandeza. Todas las gentes habían recibido su yugo; hasta las más ásperas y agrestes habían doblado sus cervices; el mundo había depuesto las armas, la tierra guardaba silencio.

Por aquel tiempo nació, en humilde establo, de padres humildes, un Niño prodigioso en la tierra de los prodigios. Decíase de él que al tiempo de aparecer entre los hombres había

brillado una nueva estrella en el cielo; que apenas nacido, había sido adorado de pastores y de Reyes; que espíritus angélicos habían hablado á los hombres y habían cruzado por los aires; que su Nombre incomunicable y misterioso había sido pronunciado en el principio del mundo: que los Patriarcas habían aguardado su venida; que los Profetas habían anunciado su Reino, y que hasta las sibilas habían cantado sus victorias. Estos extraños rumores habían llegado hasta los oídos de los servidores del César, y de aquí un vago terror y sobresalto en sus pechos. Ese sobresalto y ese vago terror pasaron, sin embargo, muy pronto, cuando vieron que los días y las noches proseguían como siempre en perpetua rotación, y que el sol seguía iluminando como antes el horizonte romano. Y dijeron para sí los gobernadores imperiales: el César es inmortal, y los rumores que oímos, fueron rumores de gente asustadiza y ociosa. Y así pasaron treinta años; contra las preocupaciones del vulgo hay un remedio eficaz: el desprecio y el olvido.

Pero véase aquí que, pasados treinta años, la gente descontentadiza y ociosa vuelve á buscar, en nuevos y más extraños rumores, un nuevo alimento á sus ocios. El Niño se había hecho hombre: al decir de las gentes, al recibir en su cabeza las aguas del Jordán, había venido sobre El un espíritu en figura de paloma, se habían rasgado los cielos y había resonado una voz clamando en las alturas: "Este es mi Hijo muy querido." Entretanto el que le bautizó, hombre austero y sombrío, habitante en los desiertos y aborrecedor del género humano, clamaba á las gentes sin cesar: "Haced penitencia;" y señalando con el dedo al Niño hecho Hombre, daba este testimonio de El: "Este es el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo." Que en todo esto había una farsa de mal género, representada por farsantes de mala especie, era cosa que para todos los *espíritus fuertes* de aquella edad no ofrecía ningún género de duda.—El pueblo judío—decían—fué siempre muy dado á sortilegios y supersticiones: en las edades pasadas, y cuando volvía sus ojos oscurecidos con el llanto hacia

su abandonado Templo y hacia su Patria perdida, esclavo del babilonio, un gran conquistador, anunciado por sus Profetas, le había redimido del cautiverio y le había devuelto á un tiempo mismo su Templo y su Patria: no era, pues, cosa extraña, sino antes muy natural, que aguardara una nueva Redención y un nuevo Libertador que quebrantara para siempre en su cerviz la dura cadena de Roma.

Si no hubiera habido más que esto, *las gentes despreocupadas y entendidas* de aquella edad hubieran dejado caer probablemente estos rumores, como hicieron con los pasados, hasta que el tiempo, ese gran ministro de la razón humana, los hubiera desvanecido por los aires; pero no sé qué hado funesto dispuso de otra manera las cosas; porque sucedió qué Jesús (este era el nombre de la persona de quien se contaban tan grandes prodigios) comenzó á enseñar una nueva doctrina y á obrar obras espantables. Su audacia ó su locura llegó á punto de llamar hipócritas y soberbios á los soberbios é hipócritas, y blanqueados sepulcros á los que eran sepulcros blanqueados. La dureza de sus entrañas fué tan grande, que aconsejó á los pobres la paciencia, y escarneciéndolos después, celebró su buena ventura. Para vengarse de los ricos que le tuvieron siempre en menos, les dijo: "Sed misericordiosos,"<sup>1</sup> Condenó la fornicación y el adulterio, y comió el pan de los fornicadores y adúlteros. Desdeñó, tan grande era su envidia, á los doctores y á los sabios; y conversó, tan ruines eran sus pensamientos, con gentes rudas y groseras. Fué tan extremado en el orgullo, que se llamó el Señor de las tierras, de los mares y de los cielos; y fué tan consumado en las artes de la hipocresía, que lavó los pies á unos pobres pescadores. A pesar de su austeridad estudiada, dijo que su doctrina era amor; condenó el trabajo en Marta y santificó el ocio en María; estuvo en relaciones secretas con los espíritus infernales, y por precio de su

<sup>1</sup> En las frases que siguen, en que se continúa narrando sucintamente los principales hechos de la vida de nuestro Señor Jesucristo, expone el autor con mayor amplitud el maligno y calumnioso lenguaje que usaban los hipócritas y los impíos de aquel tiempo para contar las obras del Hombre-Dios.

alma recibió el don de los milagros <sup>1</sup>. Las turbas le seguían, y le adoraban las muchedumbres.

Como se ve, á pesar de su buena voluntad, no podían permanecer por más tiempo impasibles los guardadores de las cosas santas y de las prerrogativas imperiales, responsables como eran, por razón de sus oficios, de la majestad de la religión y de la paz del Imperio. Lo que les movió principalmente á salir de su reposo, fué el aviso que tuvieron de que, por una parte, una grande multitud de gentes había estado á punto de proclamar á Jesús Rey de los judíos; y por otra, se había llamado á sí mismo Hijo de Dios y había intentado apartar á los pueblos del pago de los tributos.

El que tales cosas había dicho, y el que tales obras había obrado, era necesario que muriera *por el pueblo*. Faltaba sólo justificar estos cargos y aclarar debidamente estos puntos. Por lo tocante á los tributos, como fuese preguntado sobre el particular, dió aquella célebre respuesta con que desconcertó á los curiosos diciéndoles: “Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César,”; que fué tanto como decir:—Os dejo vuestro César, y os quito vuestro Júpiter.—Preguntado por Pilato y por el Gran Sacerdote, ratificó su dicho, afirmando de sí que era el Hijo de Dios; pero que no era de este mundo su Reino. Entonces dijo Caifás: “Este hombre es culpable y debe morir.” Y Pilato al revés: “Dejad libre á este hombre, porque es inocente.”

Caifás, Gran Sacerdote, miraba la cuestión desde el punto de vista religioso; Pilato, hombre lego, miraba la cuestión desde el punto de vista político. Pilato no podía comprender qué tenía que ver el Estado con la religión, César con Júpiter, la política con la Teología; Caifás, por el contrario, pensaba que una nueva religión trastornaría el Estado, que un nuevo Dios destronaría al César, y que la cuestión política iba en-

<sup>1</sup> *Pharisaei autem dicebant: in principe daemoniorum eicit daemones.* (San Mateo, cap. IX, v. 34.—Véase además á San Lucas, cap. XI, v. 15, y San Marcos, cap. III, versículos 3, 4, 22.)

vuelta en la cuestión teológica. La muchedumbre pensaba instintivamente como Caifás, y en sus roncós bramidos llamaba á Pilato enemigo de Tiberio. La cuestión quedó en este estado por entonces.

Pilato, tipo inmortal de los jueces corrompidos, sacrificó el Justo al miedo, y entregó á Jesús á las furias populares, y creyó purificar su conciencia lavándose las manos. El Hijo de Dios subió á la Cruz lleno de vilipendios y ludibrios: allí se levantaron contra Él con sus manos y con sus bocas los ricos y los pobres, los hipócritas y los soberbios, los sacerdotes y los sabios, las mujeres de mala vida y los hombres de mala conciencia, los adúlteros y los fornicadores. El Hijo expiró en la Cruz pidiendo por sus verdugos y encomendando su espíritu á su Padre.

Todo entró por un momento en reposo; pero después viéronse cosas que aún no habían visto los ojos de los hombres: la abominación de la desolación en el Templo; las matronas de Sión maldiciendo su fecundidad; los sepulcros hendidos; Jerusalén sin gente; sus muros por el suelo; su pueblo disperso por el mundo; el mundo en armas; las águilas de Roma dando al aire míseros alaridos; Roma sin Césares y sin dioses; las ciudades despobladas, y poblados los desiertos; por gobernadores de las naciones, hombres que no saben leer, vestidos de pieles; muchedumbres obedeciendo á la voz de aquel que dijo en el Jordán: “Haced penitencia,” y á la voz de aquel otro que dijo: “El que quiera ser perfecto, que deje todas las cosas, que tome su cruz y me siga,”; y los Reyes adorando la Cruz, y la Cruz levantada en todas partes.

¿Por qué tan grandes mudanzas y trastornos? ¿Por qué tan grande desolación y tan universal cataclismo? ¿Qué significa eso? ¿Qué sucede? Nada: que unos nuevos teólogos andan anunciando una nueva teología por el mundo.